PANEGÍRICO

DE

SANTO TORIBIO ALFONSO MOGROVEJO,

ARZOBISPO DE LIMA,

TITULAR Y PATRONO DE LA REAL CONGREGACION
DE NATURALES DE LOS REYNOS
DE CASTILLA Y LEON,

PREDICADO

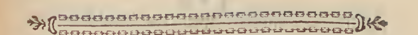
EN LA FIESTA CELEBRADA EL 29 DE ABRIL DE 1804
EN LA IGLESIA DE TRINITARIOS CALZADOS
DE ESTA CORTE

POR EL DR. D. MARTIN GONZALEZ DE NAVAS,
Canónigo de la Real Iglesia de S. Isidro;

Y PUBLICADO POR LA MISMA CONGREGACION.

L. C. y Sol

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1804.



Sic nos existimet homo ut ministros Christi: et dispensatores mysteriorum Dei.

S. Pab. I. Cor. IV. 1.

Obligado á hacer el elogio de Santo Toribio Mogrovejo delante de una Congregacion tan respetable, que entre sus ilustres individuos cuenta al mismo Soberano, aunque no puedo ménos de manifestarme reconocido al honor que por vuestra eleccion me habeis dispensado, y aunque por haber nacido en Castilla, y recibido la educacion literaria en las mismas academias que nuestro Santo, parece deberia servirme de una satisfaccion muy dulce elogiar hoy sus virtudes; sin embargo, al pensar quan léjos he andado de vivir segun su espíritu, y de imitar su grande exemplo, me veo confundido. Como este contraste de oposicion entre el objeto de un panegírico y el panegirista es lo primero que suele notar el auditorio, temo tambien que se

debiliten en vuestro ánimo las saludables impresiones que produciria la simple narracion de su santa vida; mas si esto debe servirme de vergüenza y confusion, no por eso podreis alegar vosotros una legítima excusa. *No sigais*, puedo deciros con Jesucristo, *las obras del que os habla desde la cátedra; pero seguid su doctrina.* La verdad no se amancilla por la inmundicia del conducto que la comunica. Apartad, pues, vuestra atencion de los defectos del orador, para fixarla solamente en el grande objeto del discurso. Digno es Toribio de llevarse toda la atencion en este dia. Así lo espero de vuestra piedad; y esta esperanza me hace creer tambien que sacareis algun fruto de su panegírico, si acaso mereciese este nombre mi discurso; pues el deseo de daros una noticia, no de esta ó aquella accion gloriosa en particular, sino de toda la vida de este Santo, mas grande que conocido, me obligará á contraer el estilo, y abandonar las reglas comunes en este género de oracion, contentándome con indicar algunas reflexîones para vuestra ma-

yor edificacion, y omitiendo todo aquello en que no se pueda fundar una alabanza sólida y cristiana.

Así, aunque segun los historiadores de su vida, tuvo por ascendientes los próceres que pusiéron los primeros fundamentos de la monarquía española, triunfáron gloriosamente de los africanos, y empezáron con sus victorias á librar la península del yugo sarraceno; no es mi intento detenerme en ponderar su ilustre prosapia. Honores que se fundan en la gloria de los ascendientes, no merecen aprecio á los ojos de la religion, que no conoce mas distinciones que las que da la virtud; y aun en lo civil no son mas que una ilusion, que se disipa muy presto. ¿Quántos un momento despues de su muerte apénas se sabe si han exîstido? Los descendientes de los héroes que mas celebra la fama no son conocidos, y los hijos de grandes príncipes yacen en un profundo olvido. Si la grandeza de Toribio consistiera en haber heredado la ilustre sangre de los godos, me seria imposible hacer su panegírico: no

se le ofrecerian hoy estos cultos: se ignoraria su nombre y destino; Mayorga, lugar de su nacimiento, seria en la historia eclesiástica, como en la profana, un pueblo desconocido.

Pero gracias á Dios que la gloria de nuestro Santo no está fundada en la generacion carnal, que en los nobles como en los plebeyos, en los príncipes como en los mendígos es igualmente impura; pues que en todos va marcada con el sello del pecado original, que es la peor tacha de esclavitud é ignominia. La nobleza de sangre que heredó Toribio de sus padres Don Luis Alfonso Mogrovejo y Doña Ana de Robledo, sin la educacion cristiana que le diéron, hubiera sido en él, como es en la mayor parte de los que tienen un nacimiento ilustre segun el mundo, un principio de orgullo y vanidad, un mayor obstáculo para la virtud, y digámoslo así, un segundo pecado original; porque hombres envanecidos con sus genealogías son incapaces de la humildad cristiana, que es el fundamento de todas las virtudes.

He querido, pues, hacer mencion de su ilustre prosapia, no para ensalzarle por este título, sino mas bien para daros á entender que este obstáculo mas tuvo Toribio que vencer para ser Santo. Su verdadero elogio ha de fundarse en sus acciones, en su vida privada, y en su vida pública. Considerando sus virtudes tendremos ocasion de reconocer aquellas gracias y dones con que le preparó el Señor para hacerle un digno ministro suyo; y considerando las imponderables fatigas de su episcopado, veremos en él un gran dispensador de los misterios divinos, un varon apostólico, digno de los primeros tiempos del cristianismo: dos consideraciones, que ofrece naturalmente la simple lectura de su vida, y que ya nos dexó recomendadas el Apóstol San Pablo por estas palabras: *Los hombres deben considerarnos como ministros de Jesucristo, y dispensadores de los divinos misterios.* Así procuraremos considerar á Santo Toribio, implorando ántes las luces de la divina gracia. *AVE MARIA.*

La mala educacion va pervirtiendo insensiblemente las generaciones unas tras de otras ; y quando la corrupcion de costumbres llega á ser general en la sociedad, bien puede afirmarse que no ha tenido otro orígen. Los piadosos padres de Toribio, previendo tan fatales conseqüencias, fuéron solícitos en su educacion, y desde su infancia le acostumbráron á mirar con indiferencia todo quanto se tiene por grande é ilustre en el mundo. No les fué dificil grabar esta y demas saludables máxîmas de la religion en el corazon tierno de Toribio, que dotado de un entendimiento claro y penetrante, conoció bien pronto la futilidad de las cosas caducas y perecederas, y la exîstencia de un bien eterno, á cuya posesion debia aspirar y dirigir todas sus miras. Amable por su docilidad y candor, lleno de respeto y amor filial, oia, pendiente de la boca de sus padres, las instrucciones cristianas: observaba tambien sus acciones, y las veia conformes á la buena doctrina. Aprendan los padres

desnaturalizados, que abandonan la sagrada obligacion de instruir á sus hijos; y aprendan tambien aquellos que, contentos con instruirles, no cuidan de edificarles con el buen exemplo. ¿Qué idea formará de la virtud el hijo al ver que la conducta de su padre está en contradiccion con su doctrina? Se persuadirá regularmente que la costumbre de todos es hablar de un modo y obrar de otro, y que la virtud no es mas que un vano nombre: así es como los niños se van acostumbrando á despreciar la religion: así es como se preparan los caminos del libertinage y de la impiedad; porque tal es la fuerza del mal exemplo, que en un momento destruye quanto habian edificado las mejores instrucciones; y como la corrupcion va siempre en aumento, los que habian sido educados con buena doctrina y mal exemplo, añaden despues al mal exemplo la mala doctrina, y á una generacion de padres malos sucede otra de peores hijos.

Toribio, mas instruido con los buenos exemplos de sus padres que con la ostenta-

cion de lecciones especulativas, se crió en algun modo connaturalizado con la virtud; y hallaba tanto placer en todo lo que pertenece á la religion, que sus entretenimientos se reducian á entonar los cánticos de la Iglesia, é imitar sus ceremonias y ritos. Miéntras que estas santas diversiones ocupaban á Toribio en Castilla, eran tambien en el Milanesado el entretenimiento de Cárlos Borromeo, que habia nacido en el mismo año que Toribio. No pueden ménos de repararse los extraordinarios rasgos de semejanza que se encuentran en las inclinaciones y vida de estos dos Santos. El fatalista las atribuirá á la dominacion de los astros, y el vano filósofo á ininteligibles simpatías; pero el filósofo cristiano, que reconoce la divina providencia en las circunstancias mas menudas, advierte que el Omnipotente iba preparando estos dos vasos de eleccion con las mismas gracias, para que algun dia edificara el uno á los italianos cultos, miéntras que el otro llevaba á los indios salvages la palabra de vida.

Estas obras pueriles anunciaban lo que

habia de ser Toribio en su edad madura; pues como dice el Sábio en los Proverbios: *Por las inclinaciones de su infancia se conoce lo que ha de ser un niño. Ex studiis suis intelligitur puer* [1]. ¡Que no se haya conservado una relacion exâcta de sus dichos y acciones en la edad primera! ¡Oh! en ella tendríamos sin duda un fondo de excelentes principios, y un catálogo de anécdotas preciosas, mil veces mas curioso y mas útil que todos esos cuentos morales, inventados á placer, con que se pretende instruir, y se consigue las mas veces pervertir la tierna razon de los niños. Mas á pesar de una omision tan sensible, la tradicion nos ha conservado la buena memoria de sus entrañas compasivas. Aun no habia llegado á la edad en que se empieza á formar la razon, quando ya su corazon se complacia en los exercicios de la caridad, hasta privarse del sustento preciso para alimentar aquellos pobres, que por su edad

1 Cap. 20. v. 11.

avanzada no podian trabajar. Si los niños, como dice el Profeta hablando de Jerusalen, pedian pan, y no habia quien se lo repartiese, en Mayorga se veia con admiracion que pedian pan los ancianos, y un niño se lo repartia. La historia nos ha conservado tambien la memoria de un hecho, que no puedo ménos de referir, por ser como decisivo de su bella índole, y el anuncio de sus heroycas virtudes. Si acaso os parece demasiado pueril, acordaos que mi intento es daros á conocer la vida del Santo en todas sus edades, y que en la niñez se suelen encontrar aquellos rasgos que descubren el carácter de una alma buena. Blasfemaba y maldecia una muger, irritada por la pérdida de la fruta que la habian arrebatado de entre las manos algunos muchachos contemporáneos de Toribio: este, deseando evitar aquellas imprecaciones, que por ser ofensas de Dios le hacian estremecer, la ruega que venga á su casa á recibir el importe del menoscabo que habia sufrido: en efecto suplica á su madre, que admirada

al oir una peticion tan extraña le dice: *¿Has hecho tú acaso el hurto?* y Toribio, lleno de un santo pundonor, responde: „*No, madre mia, muera yo ántes que cometer una culpa.*" Accion tan generosa hace derramar lágrimas de alegría á su piadosa madre, que llena de contento accede á la solicitud de su hijo; y la muger, atónita al ver una virtud tan extraordinaria en tan tierna edad, se avergüenza de su pasada cólera, y queda arrepentida. ¿Y quién no admirará en un niño una invencion tan ingeniosa para evitar las ofensas de Dios, y reprehender al pecador, logrando, sin exâsperarle, su correccion? ¿Qué discrecion, qué prudencia, qué horror al pecado, qué santo temor de Dios, qué zelo y deseo de la salvacion de las almas no manifestó en esta ocasion el niño Toribio?

Todas estas virtudes admirables en tan pocos años eran los presagios de su santidad futura. Tales fuéron las disposiciones con que Toribio emprendió la carrera de las letras. La universidad de Valladolid es el primer teatro donde empieza á brillar su talento sublime

y la austeridad de sus virtudes. Hace el arreglo de su vida: reparte las horas del dia entre el estudio de las letras humanas y la práctica de las máxîmas evangélicas: el sueño y las demas necesidades de la naturaleza no le arrebatan sino algunos momentos muy precisos: él no conoce los juegos, ni aun aquellas diversiones, que aunque permitidas, suelen adoptarse en los principios por desahogo, y vienen á parar insensiblemente en ocupacion diaria, que consume en la inutilidad los años preciosos de la juventud: no se le ve jamas en los espectáculos públicos, donde las imágenes peligrosas que entran por los sentidos corrompen el espíritu: á imitacion de los Gregorios y Basilios apénas conoce otras calles que las que conducen al aula, donde cultiva sus talentos, y se familiariza con los autores mas cultos de la antigüedad: al templo, donde aprende á los pies del Crucificado lecciones mas sublimes, y donde la Madre de Dios premia su devocion fervorosa con prodigiosas mercedes; y al hospital donde socorre, consuela y sirve

á los enfermos, y donde inflamado en estos santos exercicios de caridad fraternal gusta de unos placeres puros y castas delicias. Trátase con rigor, y del alimento ordinario cercena una buena parte, que con otros ahorros divide entre los pobres convalecientes y desvalidos. Miéntras que la relaxacion iba ganando los monasterios mismos donde se habia profesado la perfeccion evangélica, y miéntras que iban cundiendo los perniciosos dogmas del heresiarca Lutero, este justo vivia de la fe, y sin vestir el hábito monacal, ni haber profesado la regla, se conducia como el mas fervoroso y rígido novicio. Era su vida una predicacion continua de austeridad, que exhortaba á la virtud, é infundia un tal respeto á los mismos libertinos, que jamas en su presencia se atrevió á proferir una palabra obscena el escolar mas corrompido.

Siendo dulce y afable se asomaba por su semblante una cierta magestad, que todos se veian como precisados á venerar, y con sola su presencia quedaban los viciosos

severamente reprehendidos. Cansados ya algunos de sus compañeros de tener por testigo un juez tan severo, pretenden hacerle cómplice de sus desórdenes, exponiendo su castidad en el mayor precipicio. ¿Qué vais á hacer, jóvenes lascivos? Un pensamiento tan abominable ¿no os horroriza? ¿No os basta vuestra impureza? ¿Quereis empañar tambien el lustre virginal de Toribio? ¡Eh! Vosotros no sabeis hasta qué punto ama él la castidad; vosotros no conoceis la solidez y firmeza de su virtud. Esa horrenda maquinacion, que habeis tramado en la obscuridad, va á ser vuestra confusion y su mayor triunfo. Ved la precipitacion con que sale de su aposento la jóven descocada, que se habia prestado á ser el instrumento vil de vuestras ignominias: acelerada, sin tino, sin saber adonde va, manifiesta bien en su semblante sonroxado, no el pudor de la virtud, sino la vergüenza indigna de no haber podido hacer triunfar sus atractivos.

Impenetrable Toribio á los tiros del amor lascivo, vencedor del mas terrible enemigo,

léjos de atribuirse la victoria, reconoce que es un don de la gracia de Dios, en cuya presencia se humilla agradecido. Concluido felizmente el estudio de las Humanidades y de la Filosofía, se aplica con tanta intension á la Jurisprudencia, que sus adelantamientos parecian efecto de ciencia infusa: brillante en sus exercicios públicos, sabia hermanar la sutileza y erudicion con la moderacion y prudencia: jamas se le vió insultar al vencido en la disputa; nunca descompuesto, mordaz ni satírico. Los maestros, admirados de esta union tan rara de agudo ingenio y moderacion suma, de vasta comprehension y humildad profunda, le proponian por modelo de perfeccion á todos sus discípulos. Ultimamente, despues de haber recibido el grado, y otros testimonios públicos de su extraordinario mérito, dexa la ciudad de Valladolid edificada con sus virtudes, y á la universidad envidiosa de los copiosos frutos que la arrebataba de su mismo seno la de Salamanca, adonde ántes que Toribio habia llegado su fama; pero sobrepujó las

esperanzas, creciendo mas y mas en virtudes, y haciendo baxo la direccion de su doctísimo tio Don Juan Mogrovejo, ornamento de esta célebre academia, tales progresos en las ciencias eclesiásticas, que en la oposicion á las becas del colegio de San Salvador de Oviedo mereció la preferencia y antigüedad en competencia de Contreras y Pineda, dos sabios ilustres de aquel siglo.

He dicho de aquel siglo, porque hay siglos de tinieblas, en que basta descollar entre los ignorantes para merecer la reputacion de sabio; mas aquel era un siglo de luces, en que ninguno podia sobresalir sin saber mucho; siglo en que el dictado de sabio, á fuerza de haber tantos, se concedia á muy pocos; siglo de las mejores producciones literarias en todos ramos: era, en una palabra, el siglo XVI, en que las letras humanas y las sagradas florecian en la Europa, brillaban particularmente en España, y la academia de Salamanca, la mas famosa que entónces habia en el mundo, era el centro del saber, y como un foco universal,

donde se reunian las luces esparcidas en las demas provincias, y desde donde reverberaban con nuevo vigor á los mas remotos paises. Para conocer el lugar distinguido que ocupaba entónces en Salamanca el colegio de Oviedo, basta saber que acababa de enviar á Italia once colegiales ilustres, Padres todos del Concilio de Trento. En un siglo como este, no en tiempos obscuros; no en qualquiera parte, sino en Salamanca, en el insigne colegio de Oviedo mereció ser preferido á los sabios Toribio Alfonso Mogrovejo. No se crea, pues, que fué de unas luces comunes: sus cartas á los Reyes, y las consultas que dirigió á los Papas, estan demostrando su eloqüencia, erudicion y sabiduría: lo demuestran los concilios que celebró, y lo demostrarián tambien las observaciones que escribió sobre los Cánones, y no han llegado hasta nosotros por un lastimoso descuido.

¿Y cómo podia dexar de hacer grandes progresos un ingenio de primer órden, nunca distraido por las vanas ideas del mundo, infatigable en el trabajo, y cuyo descanso

era la oracion, en que conversando con su Dios, bebia abundantemente en la fuente misma de la sabiduría? Las vacaciones de la escuela, que suelen ser el tiempo en que los escolares, entregados al ocio, pierden la aficion á las tareas literarias, y se disipan, servian á Toribio para combinar y dar mayor extension á los conocimientos adquiridos, para meditar en los libros santos, para redoblar los exercicios de piedad en el retiro, y hacer peregrinaciones cristianas, que, sin ser de carga á nadie, edificaban á los fieles, mortificaban su carne, y vivificaban su espíritu; recordándole aquellos tiempos afortunados en que se habia predicado por la primera vez el misterio de la Cruz en nuestra península: peregrinaciones, que sin que lo entendiera, eran el aprendizage de otras mas apostólicas á que le tenia destinado la providencia divina.

Manso y apacible con todos, implacable y cruel contra sí mismo, reducia su cuerpo á la mas dura esclavitud, llevando tan allá las maceraciones y vigilias, que á vista de

su semblante pálido y extenuacion de fuerzas, el colegio temió que aceleraba demasiado el término de su vida: el piadoso Contreras fué encargado de reconvenirle amistosamente para que atemperase los excesos de su fervor, y contuviese en los límites de la prudencia sus penitencias rígidas. Bien podia responder Toribio á las reflexîones de su amigo: bien podia decirle que la prudencia, quando aconseja mirar cuidadosamente por la salud corporal, suele ser una prudencia carnal y tímida; que el fervor da nuevas fuerzas, y que en la vida de los santos no se lee que Dios les haya imputado á delito el rigor de sus penitencias, aunque las austeridades de algunos fuéron tales, que abreviáron conocidamente la carrera de sus dias; pero Toribio al ver que su debilidad exterior le habia hecho traycion, publicando contra su intencion sus mortificaciones ocultas, teme que la vanidad se alimente de la penitencia, y en vez de replicar á su amigo, calla, le obedece y se humilla; practicando así la virtud fundamental del cristia-

nismo, el principio universal de todas las demas, y venciendo la terrible tentacion del orgullo y vanidad, que es la mas peligrosa para las almas virtuosas y espíritus elevados, la arma de que mas freqüentemente se vale el demonio, la mas sutil y nociva.

Mas á pesar de las precauciones que Toribio tomaba para vivir en la obscuridad, no quiso Dios que su ciencia y virtud estuviesen por mas tiempo escondidas. El olor de su santidad se habia derramado ya por todas partes, y quando él ménos pensaba, tuvo que dexar con sentimiento el retiro de su amado colegio, y pasar á la plaza de Inquisidor en Granada, donde el Señor dispuso que se ensayara en defender los dogmas de la religion, que habia de propagar despues con tanta extension y fruto. Convencido de que son espirituales las armas de nuestra milicia, y que la dulzura, la persuasion y el buen exemplo son los poderosos medios de defensa que nos dexó Jesucristo, no tanto buscaba los delinqüentes para castigarlos, quanto para convertirlos: se insinuaba fá-

cilmente en los ánimos con su natural apacibilidad; y su eminente doctrina acababa de reducirlos: estrechaba con razones á los que habian caido en el error; y si la obstinacion le precisaba venir alguna vez á los castigos, era tal su pena y dolor que el juez aparecia mas atormentado que el reo mismo. ¡Ah! que la compasion y mansedumbre han sido siempre la prenda de las grandes almas y el carácter de los justos, así como la fiereza y crueldad son la señal ménos equívoca de un corazon orgulloso y maligno. En efecto, judicialmente se averiguaron despues los excesos de los jueces de aquel tribunal: todos padecieron públicamente en su reputacion; solo fué exceptuado el compasivo Toribio, cuya conducta, confrontada con la de los demas, recibió un nuevo lustre.

¿Me atreveré yo á deciros ahora sin confusion mia que un varon de tanta perfeccion, adornado de virtudes tan calificadas, y hallándose ya en una edad madura, sentia tan baxamente de sí mismo, que teniéndose por indigno del sacerdocio, no se habia atrevido

á pasar de la primera tonsura? ¿Qué es esto, Toribio? ¿Adónde vas con tales excesos de humillacion? Tú has sacrificado las pasiones, ¿y tú no te atreves á hacer el sacrificio del altar? Habiendo sido siempre víctima, ¿te tienes por indigno de ser sacerdote? Habiendo conservado las primeras gracias de la regeneracion, ¿te parece que eres impuro para acercar tu mano al arca santa? ¿Crees que el santuario debe estar cerrado para tí? ¿Pues para quién se abrirá? ¿Se abrirá para aquellos jóvenes atolondrados que han pasado sus dias en el desórden, y que todavía se hallan en los ardores juveniles, devorados por el fuego de torpes pasiones? ¿Se abrirá para aquellos que en la edad provecta no les viene vocacion eclesiástica sin grandes rentas? ¿Se abrirá para aquellos que en la casa de oracion no ven mas que una oficina para sus tráficos y ganancias, que miran como venales los sagrados misterios, y aprecian la accion mas sublime del sacerdocio como las obras serviles y mecánicas? No: entra Toribio en el santuario, y que los in-

dignos sean anatematizados. Tus labios, como los del verdadero sacerdote, son los depositarios de la ciencia: tres grandes pueblos has edificado con tus virtudes: á pesar de tus deseos de vivir obscuro; tus obras mismas te han descubierto: por ellas todos reconocen en tí un ministro que Jesucristo ha elegido para dispensador de sus misterios: *Sic nos existimet homo sicut ministros Christi: et dispensatores mysteriorum Dei.*

Así fué: de simple clérigo de prima tonsura se ve este justo repentinamente nombrado Arzobispo de Lima: todos aplauden la eleccion: él solo la desaprueba: le parece una equivocacion del Rey, efecto del engaño ó del error, y sin mas tardanza envia con accion de gracias la renuncia; pero el Señor, que tiene en su mano el corazon de los Reyes, mueve el de Felipe II, que no quiere admitirla, bien convencido de que no nacia de un orgulloso desprecio, como sucede á las veces, sino de una humildad profunda; y para que lo piense mejor le da de término tres meses, que Toribio emplea

en humillarse mas y mas, en pedir á Dios sus luces, y en luchar cristianamente contra las insinuaciones carnales de sus deudos, las vivas amonestaciones de sus amigos, y los consejos de varones doctos y prudentes. Porque aquella docilidad que tanto le distinguia, en tratándose de su propia elevacion, se transformaba en una dureza invencible. Tal es el carácter del verdadero humilde. Impelido finalmente por una mano secreta, y temiendo que su obstinada resistencia fuese hija del amor propio, ó del temor de los peligros y trabajos que le preparaba el episcopado, cede; y confiado en el Señor recibe sobre sus hombros una carga, que, sin auxîlios extraordinarios de la gracia, es insoportable á la debilidad humana.

En la colacion de los órdenes no quiere admitir del Arzobispo de Granada la dispensa tan comun para recibir en un dia los quatro grados menores, anunciando así desde España la integridad con que habia de mantener la disciplina eclesiástica en las Indias. Su consagracion episcopal en Sevilla ofre-

ció un espectáculo muy raro. Penetrada su alma del conocimiento profundo de tan excelsa dignidad y de su propia baxeza, fué tal su confusion, y el temblor que se apoderó de todos sus miembros, que no tanto parecia un Arzobispo que iba á recibir los honores del sumo sacerdocio, quanto un reo que era conducido á sufrir el último suplicio. Pasa despues á visitar su tierra natal; renueva la dulce memoria de los sagrados cánticos y santos entretenimientos de su niñez, y se despide de sus deudos y amigos. Su anciana madre, ya viuda, y mas avanzada en virtud que en dias, le estrecha entre sus brazos; con tiernos é interrumpidos sollozos le recuerda las máxîmas santas de su educacion primera, semilla preciosa que habia producido tan copiosos frutos, y le echa su bendicion maternal, diciéndole el último á Dios.

Dexa Toribio el suelo patrio enternecido con imágenes tan sensibles y patéticas. Porque ¿quán dolorosa no le seria la ausencia de aquellos parages donde habia visto la pri-

mera luz, donde se le renovaba la memoria siempre dulce de la infancia, y donde dexaba, para no verlas mas, prendas tan amadas! ¡Y quán tierna seria en Valladolid y Salamanca la despedida de sus antiguos amigos, concolegas y demas compañeros de sus estudios! ¡Con quánta pena abandonaria para siempre los confines de Castilla, tan fecundos entónces en escritores célebres, en varones ilustres por sus hazañas, piedad y doctrina, y para decirlo de una vez, fecunda en santos que hoy venera la Iglesia, y entre los quales sobresalia aquella muger fuerte, á quien el Señor, para hacer brillar mas el poder de su brazo, quiso elegir en el sexô débil por instrumento de su gloria: aquella heroina del cristianismo, que devorada por el zelo de la salvacion de las almas, empezaba en aquellos dias, con admiracion del orbe católico, sus conquistas y gloriosas expediciones; aquella alma grande, aquella vírgen tan regalada de su esposo Jesucristo, la iluminada Teresa de Jesus, que con sus eminentes virtudes y admirables escritos sos-

tenia la fe de la Iglesia, contenia los progresos de la relaxacion y de la heregía, y confundia á todos los sábios y prudentes del siglo? Tales y tan grandes eran los preciosos tesoros que por entónces abrigaba en su seno Castilla, y de los que iba á desprenderse para siempre el glorioso Toribio. Pero el mismo zelo, que por medio de Teresa renovaba en la Europa el fervor de los primeros fieles, abrasaba tambien el corazon de nuestro Santo, mitigaba el dolor que debia causarle la eterna ausencia de su amable patria, y le impelia insensiblemente hácia el nuevo mundo, inflamándole con el ardiente deseo de extender allí el reyno de Jesucristo.

Va, pues, á San Lucar, y se embarca en los galeones, que acostumbrados á conducir guerreros sangrientos, se admiran al ver dentro de sí por la primera vez un hombre de paz, que iba á quebrantar las cadenas de los indios, á enxugar sus lágrimas, á anunciarles el reyno de Dios, y á hacerles eternamente felices. El Océano, ufano de transportar una carga tan noble, se olvida de sus olas em-

bravecidas: los vientos soplan favorablemente, y la navegacion es tan pronta como dichosa. El puerto llamado Nombre de Dios es el primero adonde felizmente arriba: parece que la providencia tuvo el designio de hacer entender en aquellas regiones, que en nombre de Dios iba á visitarlas su siervo Toribio; pero mas claramente se dexó ver el dedo del Omnipotente quando en las penosas jornadas de tierra le libertó, por un extraordinario prodigio, de la voracidad de dos caymanes, bestias las mas feroces que se conocen, y que en la tierra y en las aguas hacen igualmente sus estragos; mas al acometer á Toribio estos monstruos anfibios, paraliticados por una mano invisible, se detienen, se amansan, se domestican.

Entra en fin en el territorio de su Arzobispado, y llega á Lima, que instruida ya de las prendas que adornan á su Prelado, le recibe entre mil aclamaciones y vivas. Ved aquí, hermanos mios, que está pisando ya la tierra antípoda de los reynos de Leon y Castilla, y que va á emprender la carrera de

su apostólica vida. No espereis que pueda yo daros cuenta de sus gloriosas acciones: son tan numerosas, que no me es posible referirlas, y tan admirables que no acierto á elegir particularmente ninguna. Convendrá, sin embargo, presentaros una idea general del vasto campo que se ofrece á su cultivo. Figuraos que la extension territorial, que por entónces pertenecia á aquel Arzobispado, era mucho mayor que la de nuestra península; que estaba sembrada entre llanuras fértiles de riscos inaccesibles y montañas incultas; que entre sus moradores, unos acababan apénas de ver la luz del evangelio, y muchos mas yacian todavía sepultados en las tinieblas de la idolatría; unos vivian en pueblos, otros eran medio hombres, medio salvages, y otros, habitando siempre en los bosques con las fieras, no tenian de hombres mas que la figura. Pensad que los españoles mismos atraidos de la sed del oro, ó acostumbrados á vivir en la licencia de las armas, habian casi perdido ya los primeros principios del cristianismo, y como tan

apartados de su patria, se iban separando tambien de su religion, y en vez de propagar las virtudes del evangelio, se habian infestado de los vicios del paganismo. Considerad últimamente que los indios á su ferocidad natural añadian una crueldad superstíciosa, reliquia fatal de aquella religion diabólica, que dominaba en aquellos paises, y que autorizaba y mandaba los sacrificios de sangre humana.

Ved quales eran sus víctimas. El Inga feroz, quando le acometia alguna enfermedad, hacia sacrificar por su salud un gran número de vasallos inocentes. En la muerte de los caciques se enviaban al matadero, y eran sepultados en el mismo lugar sus criados, artesanos, y hasta sus propias mugeres, para que, segun su falsa creencia, sirviesen y honrasen á su señor y marido en la otra vida. En medio de los templos estaba fixada una pirámide fatal, cuya aguda punta atravesaba las tristes víctimas, que entre mil alaridos horrendos y gestos espantosos lanzaban, en honor de satanás, la alma redimida

con la sangre de Jesucristo. Los impíos sacerdotes, abriendo despues el pecho de aquellos desgraciados, les arrancaban el corazon, que palpitando aún, era presentado al sol como á suprema deidad. Por medio de estas y otras abominables supersticiones, habia mantenido el demonio su imperio en aquella region por espacio de muchos siglos, y aun conservaba en parte su poder antiguo.

¿No parece, pues, empresa la mas temeraria querer reducir á la mansedumbre evangélica unos salvages acostumbrados á tanta sangre y carnicería? Pero nada es capaz de arredrar el zelo intrépido de Toribio, que en tratándose de salvar una alma, no encuentra imposible. Despues de implorar los auxîlios divinos con fervorosas súplicas, considera contra que enemigos va á luchar, y medita en el silencio un plan de ataque general. Empieza sujetando sus familiares á una disciplina severa, de que él era por su exemplo el mejor modelo: conoce que ya no le bastaba ser irreprehensible, y que era necesario poner las virtudes sobre el

candelero para que ilustraran á los demas. No tardó en penetrar y extenderse entre los mismos salvages la fama de su santidad. Este es el grande arte que habia aprendido del Apóstol para desarmar á los enemigos; y enemigos desarmados, cerca estan de darse por vencidos. Para todo consulta los libros sagrados, las fuentes de la doctrina; la regla de que se sirve para regir su Iglesia, no son los abusos introducidos por la relaxacion, y malamente condecorados con el nombre de disciplina actual, sino el espíritu de la Iglesia misma. Sube al orígen, á los sabios Cánones promulgados en los antiguos concilios, y renovados en el de Trento; y para promover su práctica, convoca un concilio provincial, que hasta hoy sirve de regla en el nuevo mundo.

En esta asamblea religiosa se muestra con admiracion la erudicion y sabiduría del que la preside, como tambien su extraordinaria firmeza y energía. Uno de los siete Obispos sufragáneos que concurriéron á ella, instigado de la sórdida codicia, habia esquil-

mado la substancia del rebaño confiado á su pastoral solicitud. Considerando Toribio que se inutilizan los mejores proyectos de reforma, quando los que deben dirigir á los fieles no les edifican con su desinteres y buen exemplo; que el contagio de la cabeza no tarda en comunicarse á los miembros, y que *qual es el sacerdote*, como dice el Profeta, *tal es el pueblo*, exâmina los testigos; y renovando la disciplina de aquellos tiempos felices, en que los delitos de los Obispos se juzgaban en los concilios, forma con la mayor actividad un proceso legal contra aquel Obispo. Al ver este desenredadas las tramas que urde para substraer las piezas de autos y eludir el juicio, cae en el horrible atentado de maquinar la muerte del presidente; pero los puñales que aguza se embazan tambien en el pecho impenetrable de Toribio. La causa es llevada á Roma; y miéntras que la cabeza visible de la Iglesia aprueba las medidas prudentes del concilio, alaba el zelo del Arzobispo, y condena la conducta escandalosa del Obispo del Cuzco; pasa este

repentina é inopinadamente á la eternidad á dar en el tribunal del Juez supremo una cuenta mas estrecha de sus delitos. El dedo de Dios se descubrió en esta ocasion de un modo visible. Todo anunciaba ya los grandes progresos que la religion iba á hacer en aquellas regiones.

El ruido de esta triste escena se transmitió á los mas remotos confines; y con las sabias actas del concilio sirvió en gran manera para dar á conocer la sabiduría, zelo, justicia y fortaleza del Arzobispo, y para preparar favorablemente el ánimo de los indios. Pero ¿cómo anunciarles los altos misterios de nuestra religion, quando aquellos desgraciados no entendian las lenguas europeas, y las que ellos hablaban eran muy varias, sin principios fixos, rústicas y desconocidas? Hablarles por intérprete no siempre era fácil; y quando lo fuese, era debilitar la eficacia de la palabra, y no predicársela por sí mismo; pero no hay obstáculo para el Arzobispo. Averigua que la lengua quichua es la mas sujeta á reglas, y

como la matriz de las demas: que con ella se hacian algunos entender de los indios salvages, cuyas lenguas, aunque tan varias, venian á ser unos dialectos corrompidos de la principal: lo averigua, y sin mas detencion se sujeta á aprender la lengua quichua, de que habia en Lima enseñanza pública. Va á la escuela, se mezcla con los niños, tiene con ellos sus conferencias y amables disputas: de todos aprende, y todos le enseñan á porfia. El primer maestro es el mas atrasado de los discípulos; pero él hará rápidos progresos, pues que ha sabido reducirse á la simplicidad de la infancia, cumpliendo á la letra el precepto mas repugnante á la sabiduría del mundo, el mas dificil del evangelio; aquel precepto sublime, por el qual manda Jesucristo á sus discípulos hacerse niños.

Ilustre colegio de San Salvador, célebres academias de Valladolid y Salamanca; vosotras que admirábais la exquisita erudicion de Mogrovejo; vosotras que le visteis manejar con maestría las obras de los Padres,

los Concilios y las santas Escrituras, venid ahora, y le vereis balbuciente, con la cartilla en la mano, aprendiendo á deletrear las voces bárbaras de una lengua rústica. ¡Oh cristianos! ¡A qué no obliga el zelo apostólico para extender la fe de Jesucristo! ¡De quan varias formas no se reviste! Poco ha le vimos presidiendo un concilio, dictando cánones, y fulminando anatemas contra el impío; y ahora le vemos estudiando el abecedario, tartamudear como un niño. ¡Qué exemplo este para confundir el orgullo! Atáreado dia y noche á estudio tan ímprobo, que aun en la edad pueril da fastidio, consiguió en breve tiempo hablar la lengua quichua, consagrándola por la primera vez para la publicacion de los misterios divinos, ennobleciéndola y enriqueciéndola con voces propias de nuestra creencia, que hasta entónces no habia conocido. El conocimiento de todas las lenguas cultas no hubiera causado una impresion tan placentera en el corazon de Toribio como el de este idioma bárbaro, que iba á ser en su boca una espa-

da de dos filos, con la que habia de rendir millares de infieles al yugo del evangelio, y extender el reyno de Jesucristo.

Gozoso con tan feliz adquisicion, pasa á visitar el vasto territorio de su diócesis: recorre primero aquellos pueblos en que ya se habia predicado la fe, aunque por falta de pastor que la vivificase se hallaba amortecida; reforma las supersticiones y abusos introducidos; enseña los dogmas de la religion en su pureza, y fixa los principios de la disciplina: ya se le ve entretenerse con los niños, instruyéndolos en la doctrina; ya exhortando los adultos á penitencia; ya animando los ancianos; ya socorriendo á los menesterosos, y ya consolando á los afligidos. La predicacion del evangelio, la administracion del sacramento del bautismo, confirmacion y penitencia, y los admirables exemplos de santidad con que edificaba á los pueblos, produxéron tan patentes efectos, que la correccion de costumbres era la señal para conocer donde habia hecho mansion el Arzobispo. Un zelo impaciente le de-

vora, y no le dexa sosegar un punto hasta llevar la palabra de vida á las hordas de aquellos salvages, que ni conocian los beneficios de la sociedad, ni habian oido el nombre de Cristo. No le arredra su ferocidad, porque su mayor deseo es el del martirio.

¿Quién pudiera daros una idea cabal de su apostólica visita? No hay bosque tan espeso y lleno de maleza que él no penetre; no hay pantano tan cenagoso que no atraviese, hoz tan espantosa que no cruce, y rocas tan encrespadas que no trepe: basta decir, que arrebatado del zelo se remontó hasta las cimas de los Andes, dos cordilleras de montañas sobre montañas que dominan las nubes, y por su elevacion son las mayores del orbe, cuya extension se mide por centenares de leguas habitadas por un gran número de salvages, divididos en muchas hordas y tribus, enemigos entre sí, y mucho mas de los españoles, sin conocimiento alguno de leyes humanas ni divinas. Como una simple paloma, da un vuelo rápido, y se coloca sobre aquellas cumbres, desde donde va

deslizándose con la prudencia de la serpiente, é introduciéndose por las hendeduras de aquéllos tajados peñascos en que tiene su albergue el indio apático. Bien pronto empieza á resonar por todas aquellas montañas el nombre de Jesucristo, y los valles profundos le repiten muchas veces con sus ecos. A todos lleva este ángel de paz la buena nueva, á todos anuncia el evangelio. No es posible manifestar con palabras las admirables transformaciones que el brazo del Omnipotente obró allí por medio de su siervo. De bestias se convirtiéron aquellos habitantes en hombres, y cristianos; la dulzura de Toribio les enseñó á vivir en sociedad; su generosidad les ganó con beneficios; su zelo y doctrina les instruyó, les catequizó, y les hizo herederos del reyno de Jesucristo. ¡Quantas veces, sabiendo que algunos se hallaban moribundos, caminó entre mil peligros muchas leguas, apresurándose á lavarlos con las aguas del bautismo, arrancando así de la garganta misma del dragon infernal unas presas que ya tenia por suyas, y

enviándolas á las mansiones celestiales á celebrar el triunfo! [1]

Apénas hay concavidad tan escondida en la vasta extension de los Andes donde este Apóstol no haya puesto sus plantas augustas. Sin sangre ni fuego gana para la religion, y conquista para el estado mil tribus diversas [2]: por su predicacion é instrucciones se hacen cristianos y vasallos del Rey católico los Guaylas, los Moyayambos, los Xauxanos, los fieros Motilones, los inhumanos::: Pero ¿á qué fatigar vuestra memoria con nombres exôticos y peregrinos? Mejor me fuera describiros las fatigas que toleró y los peligros que arrostró. ¡Que no pueda yo representárosle ya despeñado de una alta roca, y salvado en las ramas frágiles de un arbusto, que por maravilla habia brotado entre las aberturas; ya expuesto á la barbarie crüel de aquellos salvages, cuya felicidad iba á buscar con vivas ansias! ¡Quan-

1 Curavit gentem suam, et liberavit eam à perditione. *Eccles. c.* 50. *v.* 5.

2 Prævaluit amplificare civitatem. *Ib. v.* 4.

tas veces, desprovisto de todo socorro humano, sin un mendrugo de pan que llevar á la boca, se alimentaba solamente del pan de la divina palabra! ¡Quantas, sacando fuerzas de la flaqueza misma, en vez de proporcionar algun descanso á su cuerpo fatigado, se metia entre la maleza de los bosques, pasaba las noches enteras en la oracion, deseando ser anatema por la salud de los indios, implorando en su favor las misericordias del Altísimo, y dilacerando con sangrientos golpes aquellas carnes virginales, que no habian perdido la pureza del bautismo!

En fin, despues de cinco años de inexplicables fatigas, victorioso y triunfante con tan nobles conquistas, enriquecido con los despojos que habia arrebatado al príncipe de las tinieblas en sangrientas luchas, se restituye á Lima, donde le esperaba un nuevo género de trabajos y tribulaciones. Le faltaba aún pasar por el crisol de las contradicciones; le restaba aún ser calumniado y perseguido. Sus enemigos, no hallando en su conducta resquicio alguno por donde

atacarle, se valen de su mismo zelo para urdir la calumnia: pretenden hacerle odioso al Soberano, y denigran aquella severidad incorruptible con que hacia observar la disciplina, alejando de la casa de Dios á los indignos, y renovando el exemplo de los Ambrosios; negando la participacion de los sacramentos á los prevaricadores, y cerrando la entrada del santuario á los pretores mismos. Las quejas vienen á Madrid, y con ellas la mejor defensa del Arzobispo. Quedan confundidos los calumniadores, y el Rey católico reconoce que tan gran siervo de Dios no puede ménos de ser un fiel vasallo suyo.

Pero yo me voy dilatando insensiblemente, y haciendo demasiado historial su panegírico. No os hablaré, pues, de las iglesias y hospitales que reparó y edificó [1], ni de aquellos monasterios que construyó de nueva planta para seguridad de las vírgenes

1 Suffulsit domum, et in diebus suis corroboravit templum. Templi etiam altitudo ab ipso fundata est. *Eccles. c.* 50. *v.* 1. *et* 2.

cristianas, ni de aquellos lugares de refugio que fundó, en donde los infortunios, las desavenencias de algunos matrimonios, y el pudor encontraban un asilo contra la indigencia, el adulterio y el libertinage. Nada diré de aquel célebre seminario que ha hecho ver quan aptos son los indios para las ciencias, que ha dado tan ilustres ministros á la Iglesia, que ha perpetuado hasta hoy la instruccion cristiana en aquellas regiones, y cuya fundacion le costó tantos desabrimientos y sinsabores. No hay pueblo en todo aquel arzobispado en que la mano liberal de Mogrovejo no dexase algun monumento consagrado á la piedad y religion.

Su zelo infatigable no le dexa descansar un punto; sus virtudes son cada dia mas austeras; sus predicaciones mas fervorosas y continuas. Celebra un sínodo diocesano, convoca el segundo concilio provincial, vuelve á visitar la diócesis y fortificar en la fe á los neófitos, vuelve otra vez á los concilios; en suma, diez sínodos diocesanos, tres concilios provinciales, tres visitas generales de

todo el arzobispado, otras muchas particulares, siete mil leguas andadas con increibles contratiempos y fatigas, ochocientas mil almas confirmadas, entre las quales se debe nombrar la gloriosa Santa Rosa de Lima, millares de infieles atraidos al gremio de la Iglesia, é innumerables convertidos; todo esto no es mas que un bosquejo de sus trabajos apostólicos y dichosas fatigas. Ved si con razon podemos reputarle por un varon apostólico, digno de los primeros tiempos del cristianismo, y por un gran dispensador de los misterios divinos: *Sic nos existimet homo ut ministros Christi: et dispensatores mysteriorum Dei.*

En veinte y cinco años de episcopado desbrozó aquel inmenso terreno, ántes tan inculto, y le convirtió en un vergel de los mas floridos que tenia entónces la Iglesia de Jesucristo. Trabajando estaba en su cultivo con mas ardor y mas zelo que el primer dia, quando en medio de una visita le vino á dar reposo la muerte; por cuyo primer anuncio pagó generosamente á un familiar las albri-

cias, dando festivas gracias á los médicos por tan buen aviso, y entonando salmos al son del arpa, que quiso le tañeran en aquel último trance, tan tremendo para el comun de los mortales. Con tanta serenidad y regocijo se va á la eternidad el glorioso Toribio. ¡Muerte preciosa en la presencia del Señor, y la mas alegre tambien en presencia de los hombres, que se ha visto en el mundo! Los milagros y prodigios que el Señor obró por su intercesion nos recuerdan tambien los tiempos apostólicos, y nos hacen ver realizada la promesa que hizo Jesucristo á sus primeros discípulos. A su voz se disipáron las tempestades, y los rayos se suspendiéron en medio de su carrera: se hiciéron saludables las aguas pestíferas, y la tierra árida brotó copiosos raudales, que estan fertilizando aquella region, y aun conservan el nombre del Arzobispo. [1] No fué ménos admirable en el don de profecía; pero es imposible decirlo todo. Ademas, no es tan

[1] In diebus ipsius emanaverunt putei aquarum. *Eccles. c.* 50. *v.* 3.

necesario referir sus milagros y prodigios; porque no son el objeto de nuestra imitacion, que es el fin principal del panegírico. Contemplemos mas bien sus eminentes virtudes, y esforcémonos á imitarle en su humildad, mansedumbre, zélo, mortificacion y caridad. ¡Ah! ¡caridad he dicho! ¿Quién tuvo entrañas mas tiernas y compasivas? Desde sus primeros años le conocia Valladolid por el nombre de *Limosnero*; y toda su vida fue un testimonio resplandeciente de la justicia de este dictado.

Vedle siendo Arzobispo comer con los mendigos en la misma mesa, y beber en el mismo vaso, inspirando á todos la paciencia con sus palabras, al mismo tiempo que saciaba su hambre y socorria su pobreza con larga mano. Vedle en aquellos hospitales, que habia fundado á sus expensas, aliviar de mil modos ingeniosos las dolencias de los enfermos, y vendar sus heridas. Vedle recorrer la diócesis, y dexar en todas partes rastros de su beneficencia. El no queda contento quando no puede dar á manos llenas:

miles de pesos dados de una vez le parecen una bagatela: su liberalidad no tenia otra medida que los excesos de su amor paternal; y por no dexar de ser bastante limosnero, se hacia muchas veces santamente pródigo: la cuenta se pierde quando se quieren calcular las sumas inmensas de sus limosnas. Todo parece que se multiplicaba entre sus manos. *El Arzobispo*, decia, *nunca tendrá necesidad, y los pobres tienen necesidad de todo: ellos son*, solia repetir con mucha gracia y verdad, *ellos son mis acreedores;* y conforme á esta máxîma les daba entrada libre á su aposento para que se llevaran qualquiera de sus pocas y precisas alhajas. ¡Qué exemplo, cristianos! Yo no puedo sin enternecerme considerar á Toribio, quando despues de haber trabajado todo el dia en sus apostólicas fatigas, y despues de haber alimentado una multitud de pobres, se retira por la noche sin tener un bocado de pan con que reparar sus fuerzas extenuadas, y sostener hasta el dia siguiente el débil aliento que le restaba. ¿Quién no se admi-

rará al ver que en tal estado de desfallecimiento y agonía exclama lleno de regocijo: *¡ah! sí, el Arzobispo debe ser el último de los pobres?*

Piadosa Congregacion, ¡quánto tienes aquí que aprender! El cuidado de los pobres es el primer objeto de tu instituto, y el culto principal que espera de tu caridad Santo Toribio. ¿Podreis persuadiros que en este tiempo de calamidad universal, en vez de subvenir á tantas necesidades extremas, os permite el evangelio malversar vuestros haberes en los espectáculos profanos, y corromper vuestro corazon en las peligrosas diversiones de los teatros? Pensad, hermanos mios, como cristianos; los pobres de Jesucristo deben ser vuestros verdaderos espectáculos. Volved los ojos á Castilla, y ved quan distante se halla de su opulencia antigua: parece que se ha convertido en una tierra de esterilidad y maldicion, que arroja léjos de sí á sus colonos: asolada por epidemias continuas, huyen los vecinos unos de otros: la miseria y el temor del contagio

obligan al esposo á abandonar á su esposa, y los hijos sin subsistencia se expatrian: transidos de hambre, consumidos de inedia, y atacados de fiebres malignas, yacen en las calles y plazas de Madrid, adonde espiran, implorando, como el mas señalado beneficio, que les permitan depositar en el hospital los tristes despojos de su amarga vida. He aquí, respetable y Real Congregacion, he aquí un espectáculo digno de la mayor compasion; he aquí un teatro de lástimas y miserias en que debes exercer tu caridad.

¡Santo glorioso! pues que te hallas tan cerca del trono de la Magestad divina, emplea tu poderosa intercesion, para que el Dios de las misericordias retire la espada vengadora con que nos castiga, y mire á tu patria con ojos propicios. Si el nuevo mundo fue el objeto de tu zelo y ardiente caridad, no parece que tiene ménos derecho el mundo antiguo á ser el objeto de tu intercesion y patrocinio. Antes de ser Apóstol en Lima, te habia hecho cristiano Castilla. No te pedimos abundancia de bienes temporales, sino

solamente la exêncion de las grandes miserias, que son el orígen de grandes vicios: te pedimos principalmente que nos hagas participantes de tu mismo espíritu; que todos seamos fieles imitadores de tus virtudes; que el fuego de la caridad abrase nuestros corazones, para que usando de misericordia con nuestros pobres hermanos, el Señor la tenga de nosotros por los siglos de los siglos. *AMEN.*